

JUAN ANTONIO ROSADO, *Juego y revolución. La literatura mexicana de los años sesenta*. México: Edamex, 2005, 148 pp.

Este libro se presenta ante el lector como un “panorama lo más completo posible” (6) de la cultura y la literatura mexicanas durante la década de los sesenta. Al llegar a la última página el lector tiene en efecto una vista *general* de los hechos literarios y editoriales de aquel decenio, observados dentro de un contexto político, institucional, cultural y social en que la libertad sexual, las drogas, el psicoanálisis, la televisión y los movimientos estudiantiles tuvieron su parte.

El capítulo primero, llamado precisamente “Panorama cultural”, ubica en la década previa los antecedentes de la literatura sesentera. Su intención es mostrar el fenómeno literario mexicano como un continuo que no puede seccionarse temporalmente salvo con fines didácticos. Indica que los cincuenta fueron los años en los que el cuento, la novela y la poesía se renovaron formalmente y retomaron “viejos temas (por ejemplo, la revolución mexicana), pero desde otras ópticas” (9). Atrás de los autores ya consagrados en la esfera de la literatura nacional (Alfonso Reyes, José Revueltas, los Contemporáneos) van apareciendo jóvenes como Salvador Elizondo, Luisa Josefina Hernández y Gustavo Sainz. Sus nombres están rodeados por artistas de otras disciplinas y nacionalidades (como Julio Cortázar, Luis Buñuel, Ingmar Bergman, Alejandro Jodorowsky y Frank Zappa) que dejan de manifiesto la riqueza de la cultura en el México de ese momento y la diversidad de sus influencias. El derrotero que tomó la literatura mexicana se retoma al final del texto cuando el autor menciona que la libertad fue la herencia más significativa que la década del *rock and roll* dejó en los setenta y ochenta.

En el capítulo “Literatura, política y prensa” se habla sobre la relación de lo literario con la política nacional e internacional. Se describe la manera en que escritores que se desempeñaban entonces en el periodismo se vieron afectados en su quehacer por la represión de Gustavo Díaz Ordaz. Se menciona también la influencia que en la política y en la prensa nacionales tuvieron las intromisiones estadounidenses, por un lado, y la filiación izquierdista de la intelectualidad mexicana, por el otro. El intervencionismo norteamericano se considera aquí igualmente un factor de peso para la prensa latinoamericana.

En “Editoriales e instituciones” y “Las revistas literarias”, capítulos tercero y décimo (que podrían conformar uno solo), se hace un repaso de las instituciones, las publicaciones y los grupos que se instauraron en los sesenta y que tenían por objetivo la difusión cultural, cuyo “impulso de renovación educativa” (23) en algunos casos llegó hasta nuestros días, como los museos Universitario de Ciencias y Artes, Nacional de Antropología y de Arte Moderno, así como la Cámara Nacional de la Industria Editorial, la Casa del Lago y la editora Siglo XXI. El autor vuelve a la idea de los años sesenta como un periodo de continuidad y ruptura con viejas instituciones, que se evidenció en la coexistencia de publicaciones periódicas reconocidas, como *Ábise*, e innovadoras, como *El Corno Emplumado/The Plumed Horn* que en sus siete años de vida contó con colaboradores del país y extranjeros cuyo propósito era encontrar en este medio un cauce a la libertad de expresión tan anhelada en aquellos momentos de represión.

Centrados por completo en el desarrollo de los géneros literarios de esos años están los capítulos quinto a octavo. “Dos percepciones de la narrativa” aborda la oposición de una novelística que seguía evocando la revolución y el campo, con aquella que presentaba la ciudad como personaje y escenario, prefería temas juveniles, renovaba el lenguaje mediante la introducción del léxico de los jóvenes en las descripciones y los diálogos y buscaba la experimentación formal. Trata también sobre la renovación cuentística que abandona el realismo de la literatura revolucionaria para internarse en los caminos de la literatura fantástica y la búsqueda estilística. No obstante, en “La literatura del 68” queda claro que en toda esta transformación narrativa no se dejó nunca de lado la realidad, sino que sólo se la representó de nuevas maneras, pero siempre estuvo presente, sobre todo después de la masacre del 2 de octubre. Sin embargo la producción literaria relacionada con ese terrible día no llegará hasta los setenta.

Octavio Paz, para entonces poeta maduro, y los jóvenes de *Poesía en movimiento*, *La espiga amotinada* y *Ocupación de la palabra* son las figuras centrales de “La poesía”, capítulo que, al no tener el objetivo de “otorgar un amplio comentario de cada poeta” (64), sólo lista los nombres y las obras de los autores que ya se conocían o se dieron a conocer en esa década, continuando con el criterio de señalar el cambio y la tradición literaria. Aquí como en el resto de la obra se hubiera antojado que el autor citara los textos de los escritores mencionados, para sustentar los juicios que emite, y no sólo unos cuantos versos de Paz. Pero el ensayista y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM apuesta a que basta con “lo que evocan los títulos de sus creadores” (64) para interesar al lector de *Juego y revolución*. Y sin duda éstos llaman la atención, pero no siempre resultan esclarecedores.

“La literatura de la onda” es la única parte en que se ofrecen pequeñas transcripciones (en este caso de *Pasto verde* de Parménides García Saldaña)

como apoyo de los comentarios del autor sobre los experimentos de esta corriente narrativa, como la omisión de los signos de puntuación y la violación de otras reglas ortográficas, como la de usar mayúsculas a inicio de oración. Quizá sea éste el mejor capítulo, pues además de citas textuales, el lector encuentra en las pocas páginas que lo conforman un discurso claro en la exposición, aunque en buena parte con la misma información que la expuesta en el artículo correspondiente del *Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX* coordinado por Armando Pereira (2004), del cual el autor fue colaborador, experiencia que le resultó “decisiva para la gestación y nacimiento de esta obra” (6).

Uno de los últimos capítulos de este panorama de la literatura sesentera es “El ensayo, la crítica y la investigación (breve panorama)” y está dedicado a enumerar los proyectos académicos y ensayísticos de Paz, García Ponce, Elizondo, Benítez, Carballo y Ocampo.

El libro cuenta con un acertado índice onomástico y cinco apéndices que enriquecen de manera amplia los capítulos anteriores, además de que están bien estructurados y escritos. Los apéndices se conforman en su mayoría por reseñas del mismo Rosado, publicadas durante los últimos diez años en suplementos y revistas mexicanos (“Inés Arredondo: Luna Creciente”; “A cuarenta años de la publicación de *Farabeuf*”), dos entrevistas (“¿Quién es Juan Miguel de Mora? Cinco facetas de este autor”, “Realismo contra idealismo: Editorial Diógenes”) y una biografía sobre Juan Antonio Rosado Rodríguez (“Obra y muerte de un compositor”). Por desgracia son inconsistentes los criterios para indicar las fuentes de los apéndices, lo que mengua la calidad editorial de este libro.

Si se dejan de lado las erratas que acosan incluso al editor más minucioso (guiones de incidentales que abren o cierran en una línea diferente de la frase a la que corresponden; descuidos que provocan que una misma palabra o título quede escrito de varias formas en una misma página o hasta en un mismo párrafo, entre otras) y las variopintas formas de presentar datos (a veces se ofrecen los años de nacimiento y muerte de algunos autores, pero no de todos; las obras no siempre se enumeran en un orden fácilmente comprensible), este trabajo podría servir como un primer acercamiento de estudiantes de Letras a la literatura mexicana de la década de los sesenta. No se sugiere para preparatorianos pues carece de la sistematización propia de los libros de texto de ese nivel, ni para un público más amplio y menos conocedor del tema, pues le harían falta numerosas referencias, como ya se comentó.

Quien desee profundizar o ampliar la información deberá recurrir a otras fuentes directas o indirectas, algunas de las cuales se incluyen en la “Bibliografía y hemerografía mínimas”. Con ayuda de esos otros materiales, el lector logrará comprender cabalmente lo expuesto en la obra.

Finalmente se podría decir que la brevedad de este libro es su ventaja principal, ya que en ciento cincuenta páginas el lector tiene ese *panorama* que se le ofreció al inicio de *Juego y revolución*.

MARCELA REYNA  
Facultad de Filosofía y Letras